

La pesadilla del desarrollo

[Kenneth Rogoff](#)

¿Qué pasaría si los países pobres llegaran a alcanzar a los ricos?

Permítanse por un momento imaginar un escenario de ensueño: supongan que, de repente, mañana, al despertar, todos los países del mundo, milagrosamente, tuvieran la misma renta per cápita que EE UU, unos 40.000 dólares al año. La renta global anual se dispararía hasta los 300 billones, lo que supone unas 10 veces la actual. Y, ya que estamos, imaginen también que los parámetros educativos internacionales, la tasa de mortalidad infantil y la esperanza de vida se igualaran también a los niveles de los países ricos. En resumen, ¿qué pasaría si la ayuda exterior funcionara y el desarrollo económico tuviera lugar de la noche a la mañana, en lugar de a lo largo de siglos?

Quizá se trate de una herejía. Pero a veces me pregunto en qué piensan los votantes de los países ricos que recompensan a sus gobernantes por recortar los ya patéticos presupuestos de la ayuda exterior. ¿Será posible que, en el fondo, los ricos del mundo tengan miedo de lo que pueda ocurrir si los países en vías de desarrollo realmente se pusieran a su misma altura? ¿Se convertiría el sueño en una pesadilla?



Pregúntense si los ricos de hoy sufrirían materialmente en un escenario semejante. Tal como están ahora las cosas, 290 millones de ciudadanos estadounidenses producen ya casi un cuarto de las emisiones totales de dióxido de carbono. ¿Qué pasaría si los 1.300 millones de chinos y los 1.100 millones de indios tuvieran todos coche de repente y se dedicaran a echar humo por sus tubos de escape al mismo ritmo prodigioso al que lo hace EE UU? Aunque el Sol no se oscureciera de un día para otro ni se esfumara la capa de ozono, las consecuencias medioambientales dan miedo. ¿Y qué hay del petróleo, que, como se sabe, es ya muy sensible al menor desequilibrio entre la oferta y la demanda? El petróleo podría llegar fácilmente a los 200 dólares por barril, a medida que se acelerase el consumo y, por tanto, se fuesen liquidando las existencias. El poderoso dólar estadounidense se convertiría en una moneda que sólo serviría para ir a la compra, y el euro pasaría a un segundo plano. Los inversores exigirían yuanes chinos y rupias indias. Y un país como Canadá tendría de pronto el poderío económico de Luxemburgo, con gran parte de su población al servicio de turistas internacionales antes pobres y ahora ricos. Afrontémoslo: los países ricos ya no se sentirían ricos. Los seres humanos son criaturas sociales; una vez superada la barrera de la supervivencia básica, la riqueza se convierte en un valor relativo. Incluso un optimista como yo debe admitir que un mundo con igualdad entre los países pobres y los ricos sería escandalosamente diferente. Así todo, un crecimiento económico rápido de este tipo ofrece a los países ricos de hoy una serie de aspectos positivos claros. Una mayor diversidad y una expansión de los conocimientos puede dar lugar a un crecimiento mucho más rápido de la productividad, que es, a fin de cuentas, la fuente de la riqueza de todos. Una vez educados, alimentados e interconectados, los inventores geniales del sur de Asia y de África podrían en dos generaciones acelerar el desarrollo de la energía basada en el hidrógeno. Y mientras los investigadores sanitarios comerciales podrían comenzar a emplear más energías en combatir las enfermedades tropicales, los ciudadanos privilegiados de los climas templados seguirían disfrutando de los beneficios tecnológicos derivados de esa investigación. Ciertamente, los beneficios del desarrollo económico rápido podrían compensar totalmente las pérdidas de los ricos.

Al subrayar las inseguridades latentes en los países ricos, no pretendo defenderlas o alimentarlas. Pero estos temores políticos subyacentes deben ser atendidos. Si la globalización realmente funciona, ¿cuál será entonces el resultado final de este juego? ¿Qué clase de instituciones políticas son necesarias para prepararnos –tanto social como psicológicamente– para el éxito? A todo el mundo le resulta fácil apoyar los Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas, que se proponen satisfacer las necesidades humanas básicas para 2015. Pero ¿a qué nivel están dispuestos los países ricos a llevar el desarrollo? ¿Cuánto estamos dispuestos a dar?

Nadie ha desarrollado una fórmula mágica para hacer crecer a los países, aunque los investigadores económicos han identificado una serie de venenos. La corrupción, la intervención gubernamental desmesurada y las deudas externas monumentales están contraindicadas en los países que intentan desarrollarse. Aunque los críticos tienen razón cuando plantean que la ayuda exterior atrofia el crecimiento porque alimenta la corrupción y ahoga la iniciativa privada, las pruebas empíricas sugieren que la ayuda puede resultar productiva cuando apoya buenas políticas.

¿Contribuye el comercio al crecimiento de los países? De nuevo, mi lectura de los datos lleva a afirmarlo: si Europa y Japón renunciaran a su escandaloso proteccionismo agrícola y EE UU dejara de competir con India por el título de campeón mundial de dumping (abaratamiento anormal), los países pobres ganarían mucho más que si sus ingresos por ayudas se doblaran de repente. Y, por cierto, si los países pobres renunciaran a su propio proteccionismo comercial, sus ciudadanos se beneficiarían todavía más.

Con todo, los países ricos podrían permitirse fácilmente triplicar sus presupuestos de ayuda sin correr el más mínimo riesgo de que el escenario “de pesadilla” se hiciera realidad. Podrían canalizar dinero hacia África, hacia la educación, las infraestructuras y otras necesidades con muy poco peligro de verse alcanzados a corto plazo. A las regiones pobres les cuesta mucho vencer la distancia que separa sus ingresos de los de las regiones ricas a un ritmo de más del 2% anual, incluso en las mejores condiciones.

Los países ricos no deberían ser ambivalentes ni roñosos. Está claro que si el desarrollo económico rápido y repentino fuera posible y se materializara, muchos ciudadanos de países ricos se sentirían crispados, amenazados incluso. Algún día, la distribución de los ingresos será radicalmente diferente de lo que es hoy día, pero no sucederá pronto. Los escenarios de pesadilla y el miedo al éxito no deberían nunca impedir las políticas de desarrollo sensatas y generosas.

*¿Qué pasaría si los países pobres
llegaran a alcanzar a los ricos?. [Kenneth
Rogoff](#)*

Permítanse por un momento imaginar un escenario de ensueño: supongan que, de repente, mañana, al despertar, todos los países del mundo, milagrosamente, tuvieran la misma renta per cápita que EE UU, unos 40.000 dólares al año. La renta global anual se dispararía hasta los 300 billones, lo que supone unas 10 veces la actual. Y, ya que estamos, imaginen también que los parámetros educativos internacionales, la tasa de mortalidad infantil y la esperanza de vida se igualaran también a los niveles de los países ricos. En resumen, ¿qué pasaría si la ayuda exterior funcionara y el desarrollo económico tuviera lugar de la noche a la mañana, en lugar de a lo largo de siglos?

Quizá se trate de una herejía. Pero a veces me pregunto en qué piensan los votantes de los países ricos que recompensan a sus gobernantes por recortar los ya patéticos presupuestos de la ayuda exterior. ¿Será posible que, en el fondo, los ricos del mundo tengan miedo de lo que pueda ocurrir si los países en vías de desarrollo realmente se pusieran a su

misma altura? ¿Se convertiría el sueño en una pesadilla?



Pregúntense si los ricos de hoy sufrirían materialmente en un escenario semejante. Tal como están ahora las cosas, 290 millones de ciudadanos estadounidenses producen ya casi un cuarto de las emisiones totales de dióxido de carbono. ¿Qué pasaría si los 1.300 millones de chinos y los 1.100 millones de indios tuvieran todos coche de repente y se dedicaran a echar humo por sus tubos de escape al mismo ritmo prodigioso al que lo hace EE UU? Aunque el Sol no se oscureciera de un día para otro ni se esfumara la capa de ozono, las consecuencias medioambientales dan miedo. ¿Y qué hay del petróleo, que, como se sabe, es ya muy sensible al menor desequilibrio entre la oferta y la demanda? El petróleo podría llegar fácilmente a los 200 dólares por barril, a medida que se acelerase el consumo y, por tanto, se fuesen liquidando las existencias. El poderoso dólar estadounidense se convertiría en una moneda que sólo serviría para ir a la compra, y el euro pasaría a un segundo plano. Los inversores exigirían yuanes chinos y rupias indias. Y un país como Canadá tendría de pronto el poderío económico de Luxemburgo, con gran parte de su población al servicio de turistas internacionales antes pobres y ahora ricos. Afrontémoslo: los países ricos ya no se sentirían ricos. Los seres humanos son criaturas sociales; una vez superada la barrera de la supervivencia básica, la riqueza se convierte en un valor relativo. Incluso un optimista como yo debe admitir que un mundo con igualdad entre los países pobres y los ricos sería escandalosamente diferente. Así todo, un crecimiento económico rápido de este tipo ofrece a los países ricos de hoy una serie de aspectos positivos claros. Una mayor diversidad y una expansión de

los conocimientos puede dar lugar a un crecimiento mucho más rápido de la productividad, que es, a fin de cuentas, la fuente de la riqueza de todos. Una vez educados, alimentados e interconectados, los inventores geniales del sur de Asia y de África podrían en dos generaciones acelerar el desarrollo de la energía basada en el hidrógeno. Y mientras los investigadores sanitarios comerciales podrían comenzar a emplear más energías en combatir las enfermedades tropicales, los ciudadanos privilegiados de los climas templados seguirían disfrutando de los beneficios tecnológicos derivados de esa investigación. Ciertamente, los beneficios del desarrollo económico rápido podrían compensar totalmente las pérdidas de los ricos.

Al subrayar las inseguridades latentes en los países ricos, no pretendo defenderlas o alimentarlas. Pero estos temores políticos subyacentes deben ser atendidos. Si la globalización realmente funciona, ¿cuál será entonces el resultado final de este juego? ¿Qué clase de instituciones políticas son necesarias para prepararnos –tanto social como psicológicamente– para el éxito? A todo el mundo le resulta fácil apoyar los Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas, que se proponen satisfacer las necesidades humanas básicas para 2015. Pero ¿a qué nivel están dispuestos los países ricos a llevar el desarrollo? ¿Cuánto estamos dispuestos a dar?

Nadie ha desarrollado una fórmula mágica para hacer crecer a los países, aunque los investigadores económicos han identificado una serie de venenos. La corrupción, la intervención gubernamental desmesurada y las deudas externas monumentales están contraindicadas en los países que intentan desarrollarse. Aunque los críticos tienen razón cuando plantean que la ayuda exterior atrofia el crecimiento porque alimenta la corrupción y ahoga la iniciativa privada, las pruebas empíricas sugieren que la ayuda puede resultar productiva cuando apoya buenas políticas.

¿Contribuye el comercio al crecimiento de los países? De nuevo, mi lectura de los datos lleva a afirmarlo: si Europa y Japón renunciaran a su escandaloso proteccionismo agrícola y EE UU dejara de competir con India por el título de campeón mundial de dumping (abaratamiento anormal), los países pobres ganarían mucho más que si sus

ingresos por ayudas se doblaran de repente. Y, por cierto, si los países pobres renunciaran a su propio proteccionismo comercial, sus ciudadanos se beneficiarían todavía más.

Con todo, los países ricos podrían permitirse fácilmente triplicar sus presupuestos de ayuda sin correr el más mínimo riesgo de que el escenario “de pesadilla” se hiciera realidad. Podrían canalizar dinero hacia África, hacia la educación, las infraestructuras y otras necesidades con muy poco peligro de verse alcanzados a corto plazo. A las regiones pobres les cuesta mucho vencer la distancia que separa sus ingresos de los de las regiones ricas a un ritmo de más del 2% anual, incluso en las mejores condiciones.

Los países ricos no deberían ser ambivalentes ni roñosos. Está claro que si el desarrollo económico rápido y repentino fuera posible y se materializara, muchos ciudadanos de países ricos se sentirían crispados, amenazados incluso. Algún día, la distribución de los ingresos será radicalmente diferente de lo que es hoy día, pero no sucederá pronto. Los escenarios de pesadilla y el miedo al éxito no deberían nunca impedir las políticas de desarrollo sensatas y generosas.

Kenneth Rogoff es profesor de Economía y director del Centro para el Desarrollo Internacional en la Universidad de Harvard. De 2001 a 2003 fue economista jefe y director de Investigación en el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Fecha de creación
13 septiembre, 2007